

VIAJES FANTASTICOS DE PIRULETE

LA ISLA DESCONOCIDA



LIJ
C-BP
24

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

Viajes Fantásticos de Pirulete

La Isla Desconocida

2.4.12
Pirulete
POR

FEDERICO TRUJILLO



EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.

Provenza, 95. — BARCELONA

1934

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Derechos reservados.

LA ISLA DESCONOCIDA

CAPÍTULO I

¿Será necesario que os presente a Pirulete? Yo creo que no queda un niño de habla española que no le conozca. El prodigioso lápiz de Asha le ha definido de un modo tan perfecto en los CUENTOS EN COLORES publicados por la casa Sopena, que yo no me atrevería a describir un carácter que tan hábilmente ha expresado con su pincel el famoso dibujante ya mencionado.

Diremos solamente que Pirulete, como es natural, fué creciendo, y en el momento en que dan comienzo estas aventuras es un niño de unos doce años, algo más formal y aplicado que en los primeros años de su infancia, muy aficionado al estudio de la geografía y gran amigo de via-

jes y aventuras extraordinarias. Admirador entusiasta de cuanto representa vida, acción, movimiento, a los diez años había visto una enormidad de películas muy complicadas de coboys, pieles rojas, detectives, etc., y algún tiempo después conocía los hechos más famosos de *Buffalo Bill*, de *Rifle Bill* y de *Un capitán de 15 años*, y se sabía de memoria las novelas de Julio Verne.

Cuando le preguntaban cuáles eran sus aficiones, respondía :

—Me gustaría ser marino. Quisiera ver qué hay más allá de los mares que parecen terminar en la línea del horizonte, pero se extienden leguas y leguas.

Un día, entusiasmado Pirulete con la lectura de *Siete semanas en globo*, decidió recorrer el mundo en busca de aventuras y, ni corto ni perezoso, hizo un

hatillo con su ropa, rompió su hucha y, guárdandose los ahorros que en ella tenía, se puso en camino sin que sus padres notaran su ausencia.

Nuestro pequeño héroe sentíase satisfecho de su determinación y un sano optimismo llenaba su alma. La mañana, como del mes de mayo, era buena, templada y llena de luz.

El muchacho caminó, caminó tanto y tan de prisa, que, al mediar el día, estaba a unos diez kilómetros de su casa y frente a la estación del ferrocarril, en un pueblecito para él desconocido.

Pirulete se detuvo cerca de la vía y vió cómo iban y venían los trenes. Al verlos partir con su corona de humo y su larga cola de vagones, una sola idea llenaba su cerebro: la de viajar, viajar mucho, ir lejos, muy lejos, adonde fuera el tren, y una vez allí, tomar otro tren, o un barco, un automóvil, un aeroplano y viajar, viajar más aún, viendo otros hombres, otras costumbres y otros paisajes...

Pirulete no tenía dinero bastante para tomar su billete, aunque éste fuera de tercera, pero como no le faltaba audacia se aprovechó de un descuido de los empleados de la estación, y metiéndose en un vagón de un tren de mercancías pudo ocultarse bajo una lona y, sin que nadie lo notara, llegar al final del viaje. Terminado éste, y

antes de que le sorprendieran los mozos, se escabulló entre la multitud de viajeros y se encontró en una gran población. Preguntó por el nombre de ésta a un vendedor ambulante que le contestó lleno de extrañeza: ¡Cádiz, hijo mío, Cádiz!

Pirulete hizo una pirueta y se encaminó hacia el puerto lleno de alegría por hallarse cerca del mar. ¡Oh, el mar! Allí estaba abriendo más ancho campo a sus hazañas el inmenso piélago al través de cuyas brumas se hallaban aquellos países encantados y misteriosos de las novelas y de las películas, brindándole extraordinarias aventuras.

Una vez en el puerto, Pirulete se quedó encantado al ver el hermoso corte de un yate anclado en el espacioso muelle. La forma de su casco le daba aspecto de mayor tonelaje del que en realidad tenía; la arboladura estaba preparada para prestar servicio en el caso de que el viento fuera favorable.

Pirulete, lleno de curiosidad, preguntó el nombre del propietario del barco que, según le dijeron, pertenecía a un tal don Gil Pérez, sabio naturalista muy aficionado a los viajes por mar y por tierra.

Este don Gil Pérez a quien los estudios habíanle vuelto el seso, era tan célebre por sus chifladuras y manías como por su talento; y la gente del pueblo, al ver

su tipo estrafalario, dió en llamarle el doctor Perejil, ingeniosa transposición de su nombre y apellido. Así le llamaremos también nosotros durante estos viajes fantásticos y extraordinarios.

Sin duda el doctor Perejil pensaba pasarse mucho tiempo en los mares, visitando tierras salvajes donde no era fácil procurarse carbón, y confiaba más en las velas que en las máquinas, pues el yate, aunque por la configuración de su puente y de su cubierta tenía el aspecto de un vapor, por su aparejo que le permitía sacar todo el partido

posible de los vientos, demostraba ser también un magnífico velero.

El bajel lucía en la proa el siguiente nombre «Urania».

II

Enterado Pirulete de todos los detalles concernientes a la embarcación, formó un plan que puso en práctica inmediatamente. Necesitaba penetrar en el barco sin que nadie le viera y permanecer oculto en él hasta que se hallase muy lejos de la costa. Esto no era tan fácil como viajar gratis en un mercancías, pero nuestro héroe, que se enardecía



...pudo ocultarse bajo una lona... (Pág. 6.)

ante los obstáculos y que gozaba de una fértil imaginación, encontró en seguida un sencillo recurso. La tripulación estaba repostando la nave de víveres y varios efectos para un largo viaje y una grúa del muelle iba depositando en el fondo del yate grandes cajas, fardos y barriles, algunos de éstos completamente vacíos. Pirulete no titubeó un momento, y decidido a penetrar en la bodega del barco aunque fuera en calidad de conserva, antes de que pudieran notarlo los marineros, se escondió en una de las barricas y, sosteniendo la tapa desde el interior, estuvo unos minutos esperando lleno de valor y de ilusiones.

Unos minutos después, Pirulete sintió que le transportaban a la plataforma de la grúa y que le izaban como a los otros fardos. Al hallarse a mayor altura se corrió una de las cuerdas que sostenían la barrica y poco faltó para que ésta y Pirulete fueran a estrellarse sobre cubierta, pero, afortunadamente para aquél, no ocurrió así. No hay por qué hablar del miedo que pasó en aquel momento el muchacho a pesar de su calidad de héroe. Sin embargo, llegó felizmente al fondo de la embarcación, donde otros dos marineros, haciendo girar la barrica, muy a disgusto de Pirulete, la colocaron en un rincón de la bodega.

Después, limpiándose el sudor, entablaron la siguiente conversación :

—¡Vamos a descansar un poco, Tob?

—Como quieras, Boj.

—De paso beberemos un poco de montilla de aquel barril. ¿Te parece?

—¡Y cataremos de lo que hay en ésta, verdad, Boj?

—Creo que es atún — respondió el interpelado.

—¡Hombre ; muchas gracias ! —dijo para su colete Pirulete, que temblaba como un azogado, pensando que los dos marineros iban a descubrirle.

—Yo no destaparía esta barrica, porque este atún debe de estar descompuesto — prosiguió Tob.

—¡Sí que lo estoy ! — se dijo Pirulete.

—¡Y en qué lo conoces ? — preguntó Boj.

—En que huele mal.

—¡Que huelo mal ? — pensó Pirulete — ¡Será del susto !... ¡Ya os quisiera ver a vosotros en mi pellejo, y de seguro que olíais y *no a ámbar* !

—Pues entonces, mejor será que probemos de aquellos pernilos que tienen muy buena cara —dijo Boj atacando con su faca a uno de los más cercanos.

—¡Ah, vamos ! — exclamó Pirulete en voz alta lleno de júbilo y sin darse cuenta de que los marinos podían oírle — ¡Hay

perniles y montilla! ¡Voy a cuidarme como un rey!

—¿Qué decías?—preguntó Boj creyendo que la voz de Pirulete era la de su compañero.

—¡Eso te digo yo a ti!—respondió Tob incurriendo en igual error.

—¿A que estamos borrachos sin haberlo probado?—dijo Boj riendo a grandes carcajadas y sin dar importancia al incidente.

Luego los dos compinches dieron principio a la cuchipanda, y cuando hubieron comido unos buenos trozos de pernil y trasegado bastante vino, ya sueltas las lenguas por el montilla, siguieron su conversación.

—Oye, Tob; ¿sabes ya adónde vamos con el yate?

—Nadie lo sabe ni qué fin se persigue con nuestro viaje.

—El doctor Perejil y su equipaje preocupan a la tripulación. Lleva rifles, palas, picos, algunos aparatos de electricidad y algunos chismes que no sé para qué sirven. ¡Dicen que el doctor está loco!

—¡Yo creo que sí! ¿Será éste alguno de sus viajes de exploración?

—Acaso. En otra ocasión nos llevó al Africa del Sur donde encontró una colección de bichos raros, pero entonces no nos ocultó la verdad.

—Mira, Boj—dijo Tob bajando la voz—, hay quien dice que el doctor va en busca de un te-

soro a una isla desierta y que posee un plano que indica el lugar donde se halla oculto.

—¡Es posible!... Pero entonces el tesoro sería para nosotros; ¿verdad?

—¡Sí, sería para nosotros!—dijo Tob con una entonación que no dejaba lugar a dudas—. Ya sabes que a mí me gustan estos negocios. ¿Te acuerdas de aquel capitán que hacía la ruta de Méjico a Cuba llevando armas y dinero para los insurrectos?

—Sí que me acuerdo y de lo que le pasó con nosotros. Diez éramos los tripulantes de la goleta «Santa Clara», que no necesitaba más porque era pequeñita, pero más ligera que el mismo viento. Cuando llegamos cerca de la playa donde había de esperarnos el cabecilla Pancho Valdés, atacamos al capitán Alvarez, al piloto y al sobrecargo, que se defendieron como leones. Luego que dimos buena cuenta de ellos, echamos a pique la goleta, y los cuatro que salimos con vida de la refriega llegamos a tierra en uno de los botes de la «Santa Clara», y ya en ella nos repartimos los cien mil pesos que había en la caja del barco. ¡Buen día aquél! ¡No se nos presentará otra ocasión como aquella, compadre!

—¡Qué sabemos, Tob! ¡quién sabe si estamos a la vista de un verdadero tesoro!

La voz del capitán regañándoles desde cubierta los sacó de la conversación en que se habían engolfado.

Los dos criminales siguieron trabajando en la carga del yate,



... respiró fuertemente y se estiró para desentumecer sus miembros.

y a la media hora terminaron su faena y el barco zarpó con rumbo desconocido.

Al fin Pirulete, sólo ya en la bodega, destapando la barrica donde se asfixiaba, respiró fuertemente y se estiró para desentumecer sus miembros.

Pirulete estaba loco de contento. Todo se le presentaba de perlas. Viajaba en un yate magnífico y en compañía de un sabio que le enseñaría cosas para él ignoradas, visitaría una isla misteriosa como aquella de las novelas de Verne, y sobre todo acababa de descubrir un terrible secreto que le permitiría sal-

var la vida de aquel doctor que al niño le era tan simpático como desconocido.

III

Oculto en la bodega permaneció Pirulete bastante tiempo sin que nadie le descubriera. Allí había de sobra para su manutención, y hasta tuvo la suerte de encontrar un barril, lleno de agua potable, en el que pudo calmar su sed. Los dos primeros días sufrió los efectos del mareo pero luego se fué acostumbrando y lo resistía como un viejo lobo de mar. Cuando alguien bajaba a la bodega Pirulete se escondía en su barril, igual que un ratón en su agujero, y desde allí escuchaba las conversaciones de unos y de otros. Por este procedimiento, convertido en un espía de Tob y Boj, pudo averiguar que los dos marinos fraguaban una insurrección cuyo único fin era apoderarse del yate y de los planos del infeliz doctor, y después, dueños de la nave, arribar a la isla y descubrir el tesoro.

La situación de Pirulete era bastante difícil: ansiaba delatar a los infames conspiradores, pero no se atrevía a presentarse al capitán, un bravo marino de aspecto rudo y barbas de erizo, semejante a un ogro de los cuentos infantiles. ¿Me tirará por una borda al mar? — se preguntaba Pirulete—. ¿Será capaz de

mandarme a la barra y que haga así la travesía, o simplemente ordenará que me den una docena de estacazos?...

El muchacho estaba perplejo sin decidirse a nada. Pero ya hemos dicho que Pirulete era valiente y tomó una determinación sin más vacilaciones. De todos los individuos que visitaban la bodega sólo uno le infundía confianza y le inspiraba verdadera simpatía. Era éste, Boliche, el cocinero del barco, un hombre de unos cuarenta años, muy gordo, de enorme y redondeado abdomen y rostro imberbe y rubicundo. Sus ojos pequeños, vivarachos, daban mucha expresión a su semblante. Como casi todos los gordos, era jovial, alegre y optimista. Boliche, aparte de un excelente cocinero, era un gastrónomo sin igual. Su estómago insaciable, capaz de competir con el de una ballena, estaba siempre dispuesto a recibir un banquete. Experimentaba mayor felicidad rompiendo el caparazón de una langosta que Napoleón ganando una batalla. Conocía los manjares más succulentos; para él los hombres más célebres eran Lúculo, Heliogábalo y Brillat-Savarin, y los momentos más sublimes de su vida, aquellos en que se encargaba de preparar un festín mayúsculo, digno de figurar entre los tan célebres de Baltasar.

Boliche, a causa de su gordura

exagerada, era el hazmerreír de toda la tripulación, que le puso aquel apodo por molestarle solamente, pues su nombre verdadero era el de Ciriaco Morcillo. Y en verdad, nuestro hombre, por lo pequeñito y regordete, parecía una de esas pelotas de madera que sirven para jugar en los pueblos del Norte de España al tan conocido juego de los bolos.

Boliche apenas si se atrevía a protestar porque era bueno como el pan de flor y tímido como un conejo. Una vez que se atrevió a hacerlo, hallándose el yate en las islas Lucayas, los marineros le tiraron al agua atado



...Boliche, el cocinero del barco...

a una cuerda, y suerte fué la suya de que le izaran a tiempo, cuando ya un tiburón le iba tan a la zaga que de una dentellada, cogida al vuelo, aun pudo llevársele su blanco mandil de

cocina. Desde aquel momento adoptó el partido de callarse y sufrir todo género de cuchufletas, a fin de salvarse de las terribles chanzas de los marineros, pero a pesar de su buen natural no pudo menos de guardar un sordo rencor hacia Tob y Boj, autores de la broma que puso su vida en peligro.

Por fin, Pirulete decidió presentarse ante el infeliz Boliche, y esto lo hizo una vez en que el cocinero acababa de llenar un cesto de huevos para el gasto del día. Boliche, al oír la voz del muchacho y verle salir súbitamente del barril, se llevó tal susto, que, cayendo al suelo con su carga, hizo con ella una descomunal tortilla.

Al ver Pirulete el efecto que había producido su presencia en el miedoso Boliche, no pudo menos de soltarse a reír descaradamente ante los ojos asombrados de aquél.

El cocinero, al darse cuenta de que el causante de su terror era nada más que un niño, montó en cólera, y mal lo hubiera pasado Pirulete, si no tiene el acierto de encerrarse en el barril y tirar con todas sus fuerzas de la tapa, en tal punto, que le pilló los dedos al enfurecido Boliche. Este se retorció sin poder sacar la mano del cepo, y de tal modo apretaba Pirulete que, vencido su rival, al fin hubo de parlamentar.

Salió el niño del barril y salu-



...cayendo al suelo con su carga, hizo con ella una descomunal tortilla.

dó cordialmente a su enemigo.

—Es preciso—dijo el rapaz— que sea usted más amable con los viajeros de primera, señor Boliche.

—¡Qué Boliche ni qué cuernos! — exclamó irritado el hombre gordo—. Mé llamo Ciriaco Morcillo, natural de Villadiego, provincia de Burgos, y soy el cocinero de este barco.

—¡Pues recibid mi enhorabuena, señor Chorizo!—respondió Pirulete.

—¡Morcillo! ¡¡Morcillo!! — gritó airado Boliche al notar el tono zumbón con que le hablaba su interlocutor.

—¡Chorizo o Morcillo tanto da! Ambos son embutidos y usted seguirá siendo la misma persona.

—¡Verdad es! — dijo el cocinero que era hombre que se convencía fácilmente.

—Pues entonces escuche todo lo que he presenciado en estos días desde este barril que me sirve de camarote, y verá cómo, aunque soy pequeñito, puedo salvar su vida, la del capitán y la de los oficiales del yate, y aun la misma del doctor.

—¡Qué dices!

—Se trata de una conversación que he sorprendido entre los marineros Job y Boj.

Boliche, al oír los nombres de sus dos enemigos, aguzó el oído, lleno de ansiedad, y dijo al niño:

—¡¡Habla!!

Acto seguido Pirulete contó a Boliche todo lo que había oído desde su escondite.

Boliche, cuando terminó Pirulete la historia de sus recientes aventuras con la delación de los infames propósitos de Tob y de Boj, estrechó al niño contra su pecho, loco de alegría.

—Permanece aquí—le dijo— hasta las doce de la noche. Entonces vendré a buscarte y, sin que nadie te vea, te llevaré al camarote del doctor, donde ya estará el capitán del yate. Ellos oirán de tus labios cuanto me has dicho.

Aquella noche Pirulete fué conducido a la presencia del sabio explorador.

IV

Había dejado el yate a su popa Estrómboli y el pintoresco paso a través de los estrechos de Mesina, con el rojo resplandor del Etna, así como Grecia y la isla de Candía, y se encaminaba a toda máquina con rumbo a Port-Said, cuando Pirulete fué presentado por Boliche a su amo el doctor Perejil y al capitán del barco.

El doctor era un hombre bastante feo pero muy simpático. Alto, delgado, extremadamente delgado, pero con nervios y músculos que parecían de acero

por lo fuertes; tenía unos cincuenta años, y su rostro cuidadosamente afeitado, reflejaba su talento y la bondad de su alma.

Podía considerarse al doctor Perejil como la antítesis del cocinero Boliche, pues mientras éste era pequeñito, obeso y ventruado como el tonel de Gambrius, aquél parecía por lo largo y lo delgado la imagen de la gazuza. Juntos los dos recordaban aquella estampa de todos conocida a cuyo pie dice: «Antes y después de tomar el chocolate de Matías López».

El doctor, en el momento en que entró Pirulete en su camarote, vestía de un modo estrafalario: un pantalón a grandes cuadros, una bata verde que le daba la apariencia de un loro, un rojo fez que apenas si cubría su cabeza y unas rojas pantuflas de tafílete que a cada paso se le salían de los pies. Chato hasta la exageración, su nariz muy rudimentaria sostenía a duras penas los enormes lentes de cristal de roca y aro de carey, que sobre ella reposaban, por un milagro de equilibrio.

Al verse Pirulete frente a aquel estrambótico personaje, no pudo contenerse y dióse a reír tanto y de tan buena gana, que acabó por comunicar a Boliche su hilaridad. Tres veces quiso cortar su desatinada risa y otras tantas rompió de nuevo en locas carcajadas, que fueron asis-

tidas con otras iguales por Boliche, presa del contagio. Por fin el capitán Quintín, aquel ogro que tanto miedo infundía al muchacho, puso fin a la escena dando un puñetazo sobre la mesa y haciendo temblar una esfera armilar y varios mapas, en los que el sabio estudiaba de continuo.

—¿Qué es eso, monigote? ¿Es que vas a reírte de nosotros?— dijo al niño, y luego dirigiéndose a Boliche continuó—: ¿Y tú, papanatas, quieres que te mande a hacer una visita a los tiburones?

Pirulete y Boliche se quedaron petrificados, sobre todo el último, que, en cuanto oía mentar a los tiburones, se le ponían los pelos de punta.

—Déjelos usted reír— murmuró con tono cariñoso Perejil—; no hay cosa que más me encante que la risa de los niños. Me gusta mucho más que la falsa seriedad de los hombres. Este pequeñuelo es muy simpático y debe ser bastante listo. En cuanto a Boliche, ya sabe usted que es un niño grande; su único defecto es la glotonería.

Boliche se puso encendido como la grana, y después pasó a explicar al doctor cuanto le había ocurrido con Pirulete. Este hizo relación detallada del plan de Boj y de Tob, y entonces el doctor, ofreciéndoles asiento a todos, les habló así:

—Hace tiempo adivino, capi-

tán, que estoy en peligro, y las palabras de este muchacho han venido a corroborar mis sospechas. Estoy rodeado de enemigos ambiciosos, sedientos de tesoros, que, sin duda alguna, han olido algo respecto al motivo de mi viaje misterioso, y arden en deseos de descubrir mi secreto. ¡ Mi secreto !... Ah, si ellos supieran que gracias a él podían ser más ricos que los más poderosos soberanos de la tierra, a estas horas quizás estaría en lo más profundo de estos mares. Por eso quiero que sepáis mi secreto, así podréis defenderme y salvarme. Sólo vosotros me infundís confianza.

El doctor hizo una pausa ante su auditorio que le escuchaba absorto y lleno de ansiedad. Luego prosiguió :

— Como habréis podido ver, ésta vez no hago un viaje de exploración. Ni por la índole de mis preparativos, ni por el misterio con que he rodeado esta aventura, ni por otras razones verá el capitán que volvamos a las hazañas a que le tengo acostumbrado. Esto es más grande porque se trata de una empresa tal vez de mayores alcances de lo que pensamos, acaso erizada de serios peligros o de agradables sorpresas.

La curiosidad de los oyentes aumentaba a medida de las palabras del doctor. Este tuvo

unos segundos detrás de la puerta, la abrió súbitamente. Una sombra salió huyendo y desapareció de un salto por una escotilla del yate.

— ¡ Ah, miserables, estaban escuchando ! — exclamó el doctor que empuñaba una pistola de la que no pudo hacer uso gracias a la ligereza del espía.

Luego cerró cuidadosamente y prosiguió :

— Os decía, que esta empresa acaso esté llena de sorpresas, porque, aparte del inmenso tesoro que espero encontrar, tal vez descubra una nueva tierra para nuestra querida España.

— ¡ Una nueva tierra ! — exclamó el capitán lleno de impaciencia.

— Sí : una isla que no la encuentro en ninguno de nuestros mapas ni cartas geográficas, y que, sin embargo, aparece perfectamente detallada en una vieja crónica de la India que encontré en una biblioteca de Calcuta. Según he podido traducir de dicho documento, escrito hace bastantes siglos, en esta isla se hallan enterrados los tesoros del pirata Mirza, célebre por sus fechorías, y terror del océano Indico, que allí escondió el fruto de sus rapiñas. El tesoro permanece oculto y sólo falta para descubrirlo encontrar esa isla, acaso ignorada hasta ahora por hallarse fuera de las rutas usuales en la navegación. Esta es peligrosísima en aquellos lugares

por la fuerza de las grandes corrientes submarinas y de los vientos encontrados, así como por los innumerables arrecifes y pequeños volcanes que surgen de las mismas aguas. Mi propósito es llegar hasta el fin o perecer en mi empresa, y como ésta reviste tantos peligros, será conveniente que este niño se quede en tierra al primer puerto que toquemos.

Pirulete, al oír las palabras del doctor, palideció. Sin embargo, tal maña se dió para convencer al sabio, que éste, creyéndole un niño sin hogar, ni otro amparo que el suyo, lo tomó bajo su protección colocándolo de pinche en la cocina con el simpático Boliche.

De este modo el valeroso Pirulete quedó enrolado con la tripulación del «Urania».

V

Grande fué la sorpresa de los tripulantes del «Urania» al día siguiente, cuando vieron aparecer sobre cubierta a Pirulete, con su gorro y mañdil blancos, en calidad de auxiliar del insigne Boliche. Todos le preguntaban de dónde había salido, pero ninguno logró que el niño revelase su secreto.

Durante el viaje, Pirulete se adiestró con los marinos en las faenas de a bordo, en los juegos de la gente de mar y en el mane-



...vieron aparecer sobre cubierta a Pirulete, c

jo del rifle. A los pocos días subía a lo más alto del palo mayor, y se distinguía por su agilidad en los ejercicios corporales.

Pirulete no perdía de vista a Tob y a Boj, a los que espiaba continuamente.

El doctor podía haber hecho bajar a tierra a los dos bandidos cuando llegaran a Port-Said, pero no quiso por miedo a que divulgaran su secreto. Aguardaba solamente un momento propicio en que poder someterlos.

Por fin llegaron a Port-Said y se proveyeron de carbón. Luego atravesaron el canal de Suez. Pirulete no podía resistir a la fascinación de esta parte del viaje. La faja de agua se deslizaba mansamente entre dos orillas desiertas. A veces su mirada tropezaba con un campamento árabe en el que se veían blancas figuras agrupadas en torno de una hoguera mientras que los camellos alzaban la cabeza para contemplar el buque en marcha.

El «Urania» navegó así unas cuantas millas. De pronto entraron en el mar Rojo. El calor se dejaba sentir con una intensidad terrible, la atmósfera parecía el vaho de un horno.

Pirulete sudaba la gota gorda, el doctor se asfixiaba y el pobre Bolide, que a causa de su obesidad era una bola de mantequilla, se arretía por momentos.

Se dejó sentir una brisa fresca. Estaban en el

Océano Indico; se aproximaba el momento anhelado. La isla misteriosa no debía de estar muy lejana. Después de varios días de navegación el doctor consultó sus cartas geográficas y diferentes planos y se aventuró a dejar la ruta ordinaria. En vista de las órdenes del doctor, el capitán del yate hizo que éste pusiera la proa hacia las costas africanas. A la mañana siguiente muy temprano, Pirulete, al subir al camarote del capitán para llevarle el desayuno, encontró a todos los de a bordo sobre cubierta. Hasta el propio doctor estaba allí contemplando con sus prismáticos una estrecha y montañosa isla de la que no se distinguía más que el contorno.

El yate, perfectamente gobernado por la tripulación, fué sorteando los escollos y arrecifes de que estaba lleno el mar en aquellos lugares, y pudo arribar a una ensenada, que le servía de abrigo contra la furia de los vientos.

Los tripulantes, al descender a tierra, se encontraron en una isla árida y al parecer desierta rodeada de montañas rocosas, peladas, sin la menor muestra de vegetación. Caminando por la playa encontraron osamentas humanas, restos sin duda de naufragos que habían perecido en aquella tierra inhospitalaria. Aquel terrible espectáculo acabó de contristar el ánimo de los ma-

rinos, que se hacían muy tristes presagios sobre el final del viaje.

Los exploradores en vano buscaron medio para penetrar en el interior de la isla que aparecía rodeada por un anillo de altas montañas. La aventura se presentaba poco menos que imposible. Parecía empresa de titanes escalar aquellos riscos, pero el doctor estaba decidido a descubrir el tesoro aun cuando fuera preciso arriesgar la vida.

El doctor buscó entre la tripulación gente de confianza que quisiera acompañarle, pero aquellos hombres, viejos lobos de mar, que tan bien sabían andar sobre cubierta y mecerse al

vaivén de las olas, no tenían ánimos para aquellas aventuras terrestres. Hubieran resistido un temporal en los mares revueltos, hubieran luchado con los más terribles monstruos marinos o acometido valientes en sangrientos abordajes, pero no se atrevían a la más pequeña hazaña en tierra firme.

Solamente el capitán se ofreció a tomar parte en la excursión, pero no se aceptó su auxilio porque debía quedar a bordo del yate.

Iba el doctor a marchar solo, cuando Pirulete y Boliche se adelantaron a pedirle que los llevara en su compañía.



se echó a reír a mandíbula batiente. (Pág. 19.)

El doctor, al escuchar las palabras de su pequeño amigo y del gordo cocinero, se echó a reír a mandíbula batiente.

— ¡Y de qué me podréis servir vosotros, infelices! — exclamó Perejil—. Tú, Pirulete, eres demasiado pequeño para estas andanzas; en cuanto a ti, Boliche, con tu miedo y tu gordura has de ser un estorbo en los momentos de peligro.

Cuando Boliche oyó lo que decía el doctor, cayó a sus pies implorando que no le abandonara, pues estaba persuadido de que nada peor podría acontecerle que dejarle sólo con aquella *gentuza* del yate, capaz de hacerle otra jugarreta como la de los tiburones.

Pirulete también suplicó a Perejil que le llevara consigo, asegurándole que no le vería temblar ni ante la misma muerte.

Perejil, por toda contestación, estrechó las manos de sus dos amigos.

VI

Al día siguiente los tres compañeros despertaron antes del amanecer. Saltaron de sus lechos, colocados al cobijo de una tienda de campaña, que con otras se había establecido en la costa, y refrescaron sus rostros en un manantial que brotaba de unas rocas cercanas. Sin dete-

nerse, una vez que hubieron terminado sus abluciones, comenzaron a subir por las empinadas montañas, provistos de algunas provisiones de boca, tres rifles con sus correspondientes municiones y algunos pertrechos más, necesarios para la peligrosa ascensión. También llevaban tres hachones, pues el doctor había vislumbrado que aquellas montañas estaban llenas de grutas y esperaba que alguna de ellas sirviera de comunicación con el interior de la isla.

A pesar de la altura, el ascenso, sin embargo, no era tan difícil como parecía y solamente Boliche rodó como una pelota aquellas cuestas en varias ocasiones y tuvo dos o tres caídas sin consecuencias que hicieron desternillarse de risa a Pirulete.

De este modo, sin grandes fatigas, subieron a una de las más altas cumbres, desde donde podían ver el mar, el yate y la tripulación que, al divisarlos, saludaba agitando sus pañuelos.

Por fin encontraron la entrada de una caverna. Como estaba muy oscura encendieron un hachón y en seguida el doctor tomó la delantera y avanzó por la gruta con gran cuidado de no perderse, pues aquella era un verdadero laberinto. Al efecto, ataron a la entrada del subterráneo la punta de un bramante, parte de un enorme ovillo que les sirvió de guía en aquel déda-

lo sin fin. El suelo estaba sembrado de pedernales, como el lecho de un arroyo, y en algunos lados tenía profundas simas, en cuyo fondo obscuro sentíase el ruido de los torrentes que repercutía en las concavidades de la gruta agrandado por el eco.

El espectáculo era solemne. La luz del hachón refractada por millares de estalactitas y estalacmitas se deshacía en irisaciones sorprendentes y maravillosas. Las palabras, las pisadas de los exploradores sonaban con trepidaciones gigantescas bajo las bóvedas de aquellas galerías interminables.

Pronto notaron que el terreno descendía rápidamente, hasta el extremo de que sólo se hallaban a unos treinta metros sobre el nivel del mar, y comenzaron a sospechar que la salida de la gruta se hallaba próxima, porque de trecho en trecho encontraban osamentas de animales, con huellas inequívocas de haber sido devorados por las fieras que del interior de la isla venían a refugiarse en aquellos antros. Esto, si bien les alegraba en un principio, no dejó de causarles alguna inquietud, sobre todo a Boliche, que temblaba como un azogado.

De repente, y al dar la vuelta a un recodo de aquellas galerías, una figura enorme e imponente se interpuso en el camino de los exploradores y un rugido espan-

to atronó aquellos lugares sombríos y solitarios. Era un tremendo león, un verdadero coloso de su especie que, despierto en su guarida, salía al paso de los intrusos mostrándoles su enojo con su voz de trueno.

Boliche, al verse frente a la fiera, cayó de rodillas y con tan mala suerte, que escapándosele de las manos la antorcha, se le apagó en un charco que el agua de las estalactitas había formado, y dejó la caverna completamente a oscuras.

Pirulete, comprendiendo la gravedad de aquel instante, no se detuvo un minuto, y empuñando su rifle, apuntó hacia donde veía fosforecer los ojos del león e hizo fuego.

A la detonación siguió un rugido que conmovió las paredes de la gruta, luego un ruido seco: era el cuerpo del animal que caía moribundo en el fondo del abismo.

Pirulete acababa de salvar a sus compañeros.

Cuando entre el doctor y Pirulete encendieron otro hachón, a su luz contemplaron un cuadro que les llenó de inquietud. Boliche estaba echado de pecho sobre el piso, exánime, como muerto. A duras penas y debido a su peso, lograron volverle boca arriba y hacerle aspirar un poco de sales.

Cuando después de grandes esfuerzos consiguieron que reco-

brara el conocimiento, Boliche, lleno de miedo y mirando en torno suyo aterrorizado, como si la gruta estuviera llena de fantasmas, manifestó a sus amigos su decisión irrevocable de volver a bordo. Esto era ya imposible, porque el propio Boliche, al caer al suelo, había roto el bramante, que tan útil les era para marchar al través de aquel laberinto, y sin el cual era punto menos que imposible el retorno.

Nuestros héroes, ante aquel contratiempo, sintieron que un sudor frío corría por sus frentes. Quedáronse inmóviles, sin atreverse a dar un paso por temor a perderse. Mas Pirulete, que no se acobardaba fácilmente, dijo a sus amigos :

—No nos queda más que un camino, compañeros : ¡adelante!

E intrépido avanzó llevando en su diestra la antorcha encendida y sirviendo de guía a sus dos amigos.

Como si la Fortuna hubiera querido premiar la audacia del muchacho, a los diez minutos de estar caminando al azar, encontraron la salida de la gruta : una enorme boca abierta en la roca viva al través de la que se veía un trozo del cielo azul y lleno de luz solar.

Pero aun había que salvar un obstáculo. Era preciso para llegar a la venturosa salida, que

sólo distaba unos veinte pasos, atravesar un abismo, con habilidad de acróbatas, sobre estrecha y larga losa sostenida por un milagro de equilibrio entre dos salientes roqueños. Y no era esto solo. Aquella losa centenaria situada a modo de puente levadizo, húmeda y cubierta de limo, era cual una cucaña resbaladiza y ofrecía poca seguridad a nuestros héroes.

No existía otra alternativa ; o sucumbir en la gruta o jugarse la vida como un gimnasta que cruzara sobre una cuerda unas hirvientes cataratas.

—¿Quién va primero? — preguntó Boliche cuyas piernas flaqueaban viendo la boca del horroroso precipicio.

—Yo, amigos míos — dijo el doctor—. Conviene que pase yo primero y Pirulete el último, así entre los dos podremos ayudar a Boliche que, como está tan gordo, no tiene nuestra agilidad.

Así se hizo.

El doctor en un minuto atravesó audazmente el abismo que abría sus fauces bajo sus pies. Boliche, en cambio, apenas anduvo unos cuantos metros, la presión del aire por un lado y el vértigo que se iba apoderando de su cerebro, le impulsaron a echarse de pies y manos y arrastrarse como un reptil. Esta maniobra resultó más perjudicial que beneficiosa, pues las violen-

tas sacudidas de Boliche hicieron que la losa oscilara de una manera horripilante.

—¡Anda, por Dios, Boliche! — gritó con todas sus fuerzas el doctor.

—¡Dios tenga piedad de mí! — exclamó el desgraciado cocinero, que siguió avanzando sobre aquel deleznable puente que a cada vaivén se movía con mayor intensidad. Era aquello una desesperada lucha que ponía los pelos de punta.

Al fin llegó Boliche al otro lado, pero en el momento en que su estirados brazos se agarraban al espolón de la roca cedió la losa precipitándose en el abismo y su cuerpo quedó suspendido en el aire sobre la profunda sima.

Boliche lanzó un grito salvaje, y aferrándose a la roca con ansias de muerte, dió tiempo a que el doctor corriera en su auxilio, y poniendo en juego toda su fuerza, lograra salvar al desgraciado cocinero, que un segundo después se encontraba sobre la roca casi privado de sentido. Pero, ¿y el puente? Había desaparecido.

¿Cómo se compondría Pirulete para pasar al otro lado?... Una sola contestación había: o salvar el espacio saltando por encima del precipicio o perecer. La distancia no era en sí muy grande, unos tres metros; pero cualquier error en la medida del

salto, el menor resbalón en la peña húmeda y escurridiza podía causar la muerte del saltarín.

Pirulete entonces, sin arredrarse un momento, tomó carrerilla y saltó con la ligereza y soltura de un corzo. Fué un brinco asombroso, soberbio, el que dió el valiente muchacho, salvando el horrible vacío.

Durante unos minutos los tres amigos permanecieron postrados de hinojos dando gracias a Dios por haberlos salvado de tan grandes peligros.

VII

Cuando nuestros héroes se repusieron de las emociones de aquel viaje al través de las entrañas de la tierra, continuaron su camino descendiendo por un suave declive de la montaña. Así llegaron a un prado ameno lleno de alta y olorosa yerba donde pastaban millares de ovejas y carneros con sus corderillos de blanco velión. Pastoreaban estos ganados hombres y mujeres vestidos con trajes de vivos colores a la usanza india, si bien todo con gran sencillez y con los pies desnudos. Eran todos de piel bronceína y tenían grandes ojos negros y facciones correctas. Sobre todo las mujeres eran muy

agraciadas y sus rostros respiraban bondad y simpatía.

Aquellas buenas gentes al ver a los viajeros, que, rendidos, permanecían en el santo suelo descansando, les dieron leche de sus ovejas y unas tortas hechas con manteca, miel y harina de maíz.

Uno de los pastores preguntó al doctor de dónde venían él y sus amigos. El doctor al principio no entendía sus palabras hasta que se dió cuenta de que aquel hombre hablaba una lengua muy parecida al tamul, dialecto que se habla mucho al sur de la India y que el sabio conocía por haber permanecido dos años en dicho país estudiando sus grandiosos monumentos.

Perejil contestó al pastor que venían del otro lado de la montaña atravesando la gruta.

—¡La gruta! — contestó el hombre con cierta incredulidad y lleno de terror supersticioso—. ¡¡La gruta de los espíritus!!... ¡Ah, no es posible que vengáis de la montaña sagrada donde se albergan los espíritus de nuestros antepasados, a menos que seáis los propios espíritus!

Y creciendo el espanto del pastor, añadió—: ¡Ah, sí; no hay que dudarlo! ¡Sois los espíritus! ¡Tenéis los rostros pálidos como los muertos! ¡Nosotros no hemos visto nunca hombres de vuestro color!

Gran trabajo costó al doctor convencer a aquellas gentes de que tanto él como sus amigos eran seres humanos y que el color de sus rostros era completamente natural.

Tranquilizados por las explicaciones del doctor condujeron a los exploradores a la aldea más próxima, donde fueron muy bien recibidos por sus habitantes. Estos, llenos de curiosidad, contemplaban los rostros blancos de los viajeros, así como sus trajes y sus rifles que llamaban poderosamente su atención.

Uno de los pastores, el que parecía el jefe de la tribu, preguntó al doctor para qué servían aquellos *tubos de hierro*, a lo que Perejil dió contestación cumplida.

Dió la coincidencia de que en aquel momento, un águila enorme apareció en las alturas cerniéndose sobre los rebaños que pastaban tranquilos. Los pastores requirieron sus armas: hondas, lanzas y flechas; pero antes de que pudieran hacer uso de ellas, el doctor, que era un excelente tirador, se echó el rifle a la cara e hizo fuego, hiriendo mortalmente al ave de rapiña, que pocos minutos después caía muerta sobre la fresca yerba del prado. Grande fué el asombro de los hombres y el terror de las mujeres al oír la detonación, y sobre todo, al ver cómo el doctor mandaba la muerte tan lejos y

le obedecían el trueno y el rayo como a los dioses.

Apenado el doctor ante la ignorancia de los pastores, les dijo que Dios no había más que uno todopoderoso y Señor de todo lo creado, y les dió una ligera idea del cristianismo, que todos oyeron con mucha atención y recogimiento. Después volvió a explicar el mecanismo del rifle haciéndoles comprender que aquello era solamente obra de los hombres, a los que Dios ha dotado de una inteligencia superior para que puedan dominar las fuerzas inconscientes de la Naturaleza.

El viejo jefe de la tribu dijo entonces al doctor :

—¡ Hombre blanco ! Grande es tu sabiduría como el cielo, cuyo fin nunca se encuentra, como las montañas donde se albergan los espíritus de los muertos. ¿ Quién eres, oh señor, de qué tierras extrañas has venido, que sabes tantas cosas que nosotros ignoramos ?

—No me llames sabio — respondió el doctor—. El hombre recoge en la vida los conocimientos que le proporciona la experiencia de otros hombres, y si por casualidad logra retener algunas gotas de esa ciencia otros más ignorantes o que no quisieron estudiar dicen asombrados : ¡ Mirad, allí va un hombre sabio !... Por desgracia la vida del hombre es muy corta para que

llegue a conocerse a sí mismo y a su Creador, que es donde está la verdadera sabiduría.

Quedáronse todos pensativos al escuchar las palabras del doctor, y luego, como era ya la hora de comer, convidaron a nuestros tres amigos, reuniéndose todos en torno de una enorme caldera llena de una especie de puches hechos con harina de maíz y leche de oveja, endulzados con miel, que estaban muy sabrosos. Después sirvieron en escudillas de barro grandes trozos de carnero asado, y a guisa de pan unas tortas de cazabe muy agradables al paladar.

Boliche se chupaba los dedos de gusto y comía de un modo tan desaforado que poco faltó para que reventara.

Cuando hubieron terminado la succulenta comida, el sabio preguntó al viejo pastor si sabía algo respecto al tesoro del pirata Mirza.

El anciano respondió que ellos ignoraban cuanto ocurría al través de aquellas montañas y de los pantanos que limitaban el otro lado de la isla, porque sus leyes prohibían, bajo pena de muerte, salir de aquellos límites.

—¿ Y por qué es esa ley tan extraña ? — preguntó Pirulete.

—Para que me comprendáis —dijo el anciano—, será preciso que antes os cuente la siguiente leyenda que cantan nuestros poetas.

VIII

Dhinasor, rey de Osira, señor de señores y uno de los más poderosos soberanos de la India, tenía una sola hija, la divina Kaly, la más hermosa doncella de sus estados. Eran — según dice el poeta—, sus ojos y sus cabellos negros como el ébano de Katuy, su piel fina cual las sedas de Kachenive, sus labios por lo rojos, semejantes a los rubíes de Mandalay y sus dientes rivales de las perlas de Ormuz. Su hermosura era tan grande que no hubo rey, príncipe o rajá que la conociera en persona o en pintura, que no quedara prendado de sus encantos y pidiera su mano al poderoso Dhinasor. El buen rey, sentado en su trono, sonreía recibiendo los presentes que tanto de su mismo reino como de lejanos países le enviaban, unos y otros rendidos enamorados, solicitando por esposa a la divina Kaly; pero todos los mensajeros se llevaban la misma contestación. La princesa no quería casarse con ninguno de ellos por una razón sencilla: porque no los amaba.

El soberano, al ver que los años transcurrían y que su hija continuaba soltera, llegó a deses-

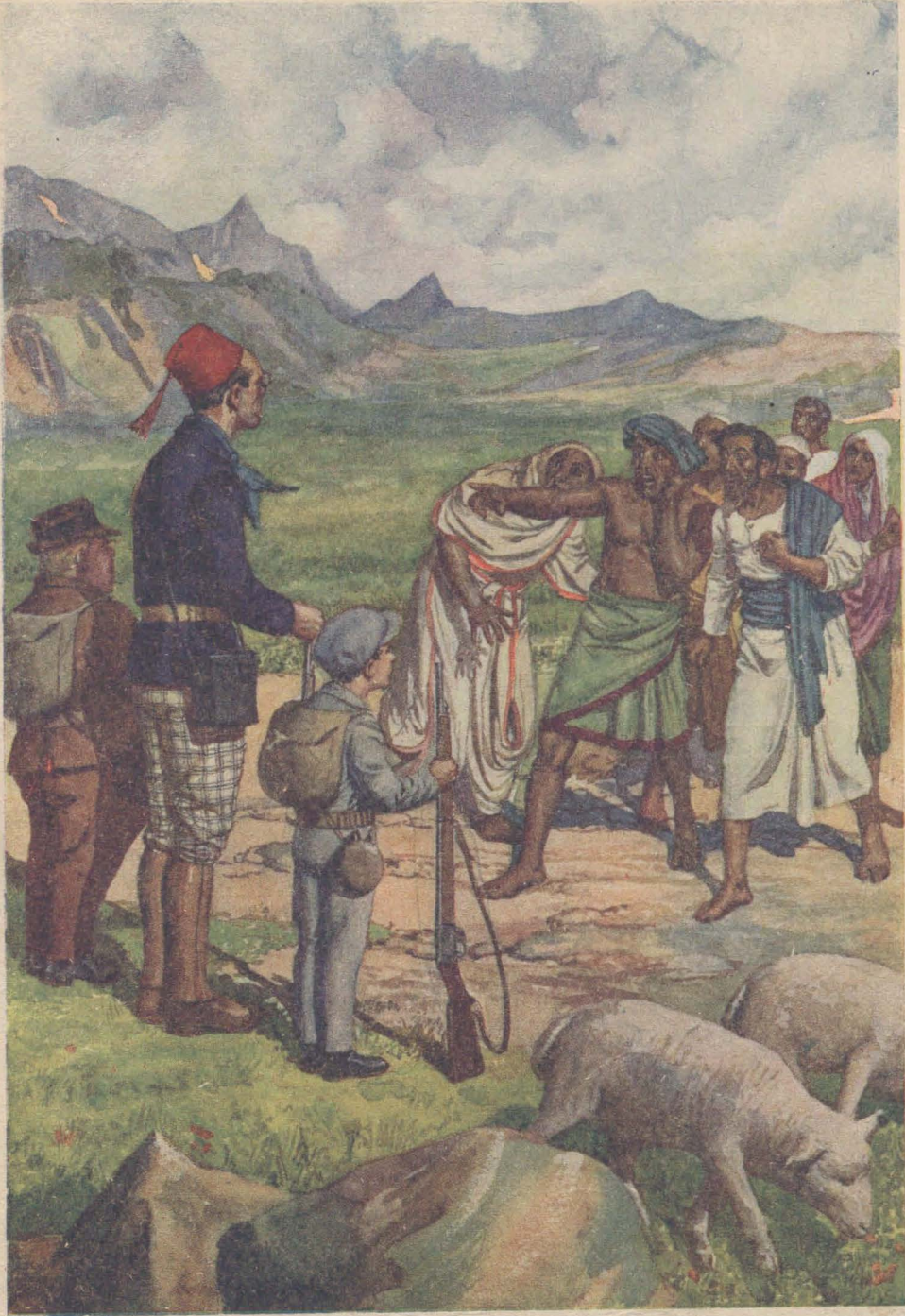
perarse, pensando que su casta iba a extinguirse.

No le extrañaba que su hija desdeñara el amor de los señores de sus estados feudatarios, pero sí que rechazara partidos ventajosos, tales como el rey de Egipto, el de Siam, y el de Cachemir. Pero cuando su sorpresa no tuvo límites fué al ver que la bella Kaly no aceptaba por esposo a Maisur, señor de Birmania, a quien obedecían cien rajás y que era sobrino del propio Dhinasor y por éste tenido en mucha estima.

Indignado el monarca por aquel proceder y queriendo imponer a la desdichada Kaly su voluntad, la dijo que aun cuando fuera contra su natural inclinación, la casaría con su primo, porque no estaba bien que despreciara a un soberano tan poderoso y que además era de la familia. Kaly entonces, con los ojos arrasados en lágrimas, confesó a su padre que no podía casarse con Maisur porque amaba a otro hombre.

La princesa había ocultado hasta entonces su cariño, no porque tuviera que avergonzarse del origen de su amado, pues éste pertenecía a la noble casta de los guerreros, la más considerada de la India, sino temerosa de que su padre castigara a Bellary el pretendiente quitándole la vida.

Efectivamente, en cuanto



Y creciendo el espanto del pastor, añadió:—¡ Ah, sí ; no hay que dudarlo !
¡ Sois los espíritus ! (Pág. 23.)

Dhinasor tuvo noticia de estos amores, mandó apresar al joven guerrero, uno de los más valientes y aguerridos caballeros, pero al que, no obstante su nobleza, consideraba indigno del amor de su hija, y merecedor de un terrible castigo por haber osado poner en ella sus ojos.

Así que el rey tuvo al joven en sus manos, mandó que fuera cruelmente atormentado hasta que prometiera renunciar al amor de la princesa.

Sin embargo, Bellary mostró tal entereza, fué tal el dolor de Kaly, próxima a morir de pena al ver la triste suerte de su amado, que el padre perdonó a los amantes, si bien desterrándolos y nombrando para heredero de la corona a su sobrino el rey de Birmania.

Pocos días después, y cuando se hubieron celebrado los desposorios de la divina Kaly y del valeroso Bellary, un barco los trajo en unión de sus servidores más adictos, a esta isla, en apariencia árida y desierta, en realidad fértil, llena de una vegetación esplendorosa, de animales de todas clases y de lagos azules y cristalinos, cuyas aguas surcaban peces de irisadas escamas y sabroso gusto.

En este paraíso, dice la leyenda, vivieron felices Kaly y Bellary, y fundaron este reino que hoy vive tan feliz e independien-

te, como ignorado del resto del mundo. Y es notorio, que nuestros reyes, temerosos de que otras naciones vinieran a conquistar este país que vive ni envidioso ni envidiado, prohibieron bajo pena de muerte que nadie traspasara los límites de la patria, para así no dar razón de nuestra existencia. Y cuando alguna vez un extranjero penetra en nuestro territorio, si quiere conservar su vida, ha de jurar sujetarse a las leyes del país y no intentar traspasar sus fronteras.

—¡ Así es — dijo el doctor — que aquí hemos de vivir el resto de nuestros días?

—En verdad. ¡ Ay de vosotros, si intentarais quebrantar las leyes de «Tierra Ignorada»! — dijo Sahib, que así se llamaba el viejo pastor.

—¡ Pues estamos lucidos! — exclamó Boliche—. ¡ Menos mal que aquí parece que se come bastante bien!

—Mañana — prosiguió el jefe de los pastores — os presentaré ante el tribunal de los ancianos para que prestéis el juramento por vuestro Dios.

Y dicho esto, el venerable Sahib les indicó el aposento donde podían descansar de las fatigas del viaje.

Aquella noche los tres amigos, en vez de dormir, no hicieron más que llorar recordando

su España tan querida como lejana y que no volverían a ver.

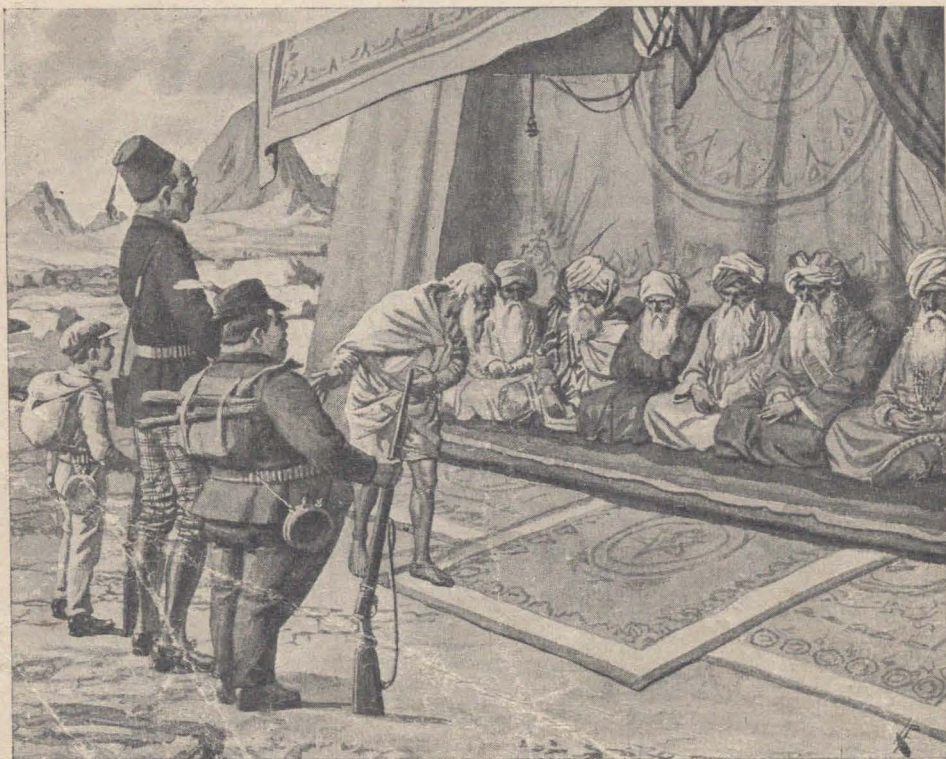
IX

Al día siguiente Perejil, Boli-che y Fulete fueron presentados por el buen Sahib al Consejo de los Ancianos, para que prestaran juramento. Este Consejo se componía de nueve hombres, de los cuales el más joven frisaba en los 80 años y el más viejo había cumplido veinte más del siglo, si bien todos conservaban gran vigor físico, cierto aire majestuoso y una gallardía impropia de sus años. Esto, que a un extranjero podría sorpren-

derle, era en Tierra Ignorada cosa corriente, pues la vida patriarcal que hacían sus naturales, su sobriedad y sus virtudes, les permitía alcanzar una longevidad extraordinaria, llenos de fuerza y de salud. ¡Lástima grande que aquellas honradas gentes estuvieran sumidas en la obscuridad de la idolatría y creyeran estúpidas supersticiones!

Los nueve ancianos tenían luengas barbas y un aspecto severo e imponente.

Sahib, como jefe de la tribu de los pastores, presentó a sus tres huéspedes al Consejo ante el que se prosternó tres veces. Entonces uno de los ancianos, el



más viejo de todos, dirigió la palabra a Sahib.

—¿Son éstos los tres extranjeros de que me habían hablado? — preguntó.

—Los mismos, sabio Nandí — respondió el pastor.

—¿Conocen ya las leyes de nuestro país?

—Sí, Nandí; y el de más edad de los tres, no sólo conoce nuestras leyes, sino que habla también nuestro idioma, aunque ha nacido en lejanas tierras.

Entonces el presidente del Tribunal, dirigiéndose al doctor, le hizo varias preguntas respecto a él y a sus compañeros. Después exigió a los extranjeros que jurasen por su fe no traspasar los límites de Tierra Ignorada. Así lo hicieron, con gran dolor de su corazón, pues sabían, como buenos cristianos, a lo que se obligaban. Desde aquel momento fueron recibidos por todos los isleños con grandes muestras de cariño.

En verdad que de no haber sentido la nostalgia de la patria y el deseo de retornar a España, los tres amigos podían haber sido completamente felices, en Tierra Ignorada. Allí la vida era sosegada y tranquila, el paisaje, el cielo y el clima como el de un paraíso encantado. Allí no se conocía ni el lujo ni la miseria. Los pobres, que no lo eran tanto que les faltara alimento sano y abundante, leche blanda donde

descansar y ropas sencillas pero limpias, basaban su dicha en el trabajo y en la conformidad, y los ricos, enseñados desde los más tiernos años a tratar como hermanos a sus semejantes, miraban las riquezas como un medio que ponían los dioses para remediar las desgracias y hacer el bien de su patria.

Un mes llevaban en la isla, cuando ocurrieron dos sucesos que habían de influir poderosamente en la vida de nuestros personajes.

Sahib tenía cinco hijos y una hija a los que amaba tiernamente. Pero de todos ellos, por quien sentía más afecto, era por Mysora, linda muchacha de diez y seis años, encanto de pastores y zagales de aquel valle, e hija única de Sahib, a la que trataban con mimo y regalo su padre y sus hermanos.

Un día Mysora cayó enferma, agravándose de tal modo, que pronto se vió desahuciada de todos los curanderos, magos y sabios de la isla. En vano fueron todos los conocimientos empíricos de aquéllos; ni bebedizos, ni sortilegios, ni cuantos recursos se empleaban bastaron para reanimar a la doliente, que iba perdiendo la vida como las mariposas el polvo brillante de sus alas.

Perdida ya toda esperanza, Sahib acudió a su amigo el doctor impetrando el auxilio de su ciencia. Perejil estudió la enfer-

medad que aquejaba a la niña y, valiéndose de sus grandes conocimientos de botánica, compuso un jarabe que le devolvió toda su salud y sus fuerzas.

El agradecimiento de Sahib y de sus hijos no tuvo límites. Desde aquel día todos se hallaban dispuestos a dar su vida por los extranjeros.

Corrió como el fuego la noticia de la milagrosa cura del doctor, y de todas partes venían a verle y a pedirle el auxilio de su ciencia. Tales prodigios operó, gracias a su saber, que en toda la isla le conocían por el nombre del Santo.

—Puedo asegurarte—decía algunas veces el doctor a Pirulete—, que si no fuera por mi amor a España, me quedaría entre estas gentes y sin pensar más en el tesoro. Porque, hijo mío, digo yo : ¿ puede haber mayor tesoro que hacer el bien a sus semejantes y sentirse amado y respetado por los que nos rodean ? ¿ Qué riqueza hay comparable a la felicidad que proporciona la satisfacción de hacer el bien ?

Y tenía razón el doctor que, en unión de Boliche y de Pirulete, vivía dichoso en aquella tierra de promisión, todo lo dichoso que se puede ser lejos de la patria, de nuestros padres, de la casa donde nacimos, de los juegos infantiles ; de todas esas cosas que siempre se recuerdan con alegría e inefable ternura.

Así vivieron algún tiempo los tres amigos ; Perejil dedicado a la medicina, Boliche a su oficio y Pirulete al pastoreo, hasta que...

X

...Un día Boliche fué llamado de nuevo ante el Consejo de los ancianos. El sabio Nandí, al ver al cocinero, le dijo :

—Te he llamado, hombre gordo, para manifestarte que sin duda por ignorancia estás faltando a las leyes de nuestro país. Estas ordenan, que nadie mayor de veinticinco años permanezca soltero. Nosotros te perdonamos la infracción de nuestro código comprendiendo que no te sería fácil encontrar esposa porque eres extremadamente feo, y si no me engaña mi juicio te conceptúo, aunque sano de corazón, bastante bruto.

Boliche tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse, porque sus intenciones eran las de darle al patriarca un puñetazo en un ojo que le hiciera rectificar su opinión.

Nandí prosiguió :

—Vas a casarte en seguida, porque es necesario que des una prueba de sumisión al Patriarcado. Si así no lo hicieras, antes de un mes perderás la libertad, y mandaremos que te apaleen



Una hora después, se pusieron en camino nuestros tres amigos, el pastor y sus cinco hijos... (Pág. 37.)

públicamente. Cuando hayas escogido esposa, avisarás al brahmín, que te casará según las leyes.

Tamaño exigencia a Boliche, que salió del Patriarca todo tremido y azorado. Y el caso no era para menos. Estaba obligado a contraer matrimonio, porque permaneciendo soltero, corría el peligro de verse encarcelado, apaleado y privado de los escasos bienes que había adquirido en el corto tiempo de su estancia en la isla. Desde aquel día Boliche se dedicó con más bríos que don Félix de Montemar a buscar novia, mas fué tal su desgracia, que sólo pudo cosechar innumerables calabazas.

Cumplido el plazo sin que Boliche pudiera dar satisfacción al Patriarca, fué llevado nuevamente a presencia de Nandí. Este le pidió explicaciones, y aunque Boliche se disculpó como pudo, el Patriarca, lleno de ira, ordenó que el cocinero fuera apaleado inmediatamente. Así lo hicieron entre dos gigantescos negros que le vapulearon tan a conciencia, que el pobre Boliche perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, se puso en camino dispuesto a casarse a toda costa, y tal maña se dió, que al fin pudo lograr su propósito. Enterado por un amigo de que en la aldea próxima había una solterona de la tribu de los

mercaderes llamada Gurma, se apresuró a pedir su mano, que le fué otorgada en seguida.

Gurma era, como su prometido, extremadamente gorda y fea en grado superlativo.

Sin embargo, un individuo como Boliche, un poco ambicioso y por demás glotón, podía considerarla un excelente partido, pues Gurma, dueña de una magnífica tienda en la que vendía loza de todas clases, se cuidaba a cuerpo de príncipe, gozando de las delicias de una mesa llena de excelentes manjares y sabrosos vinos.

Boliche, para no perder la ocasión que se le presentaba, avisó al brahmín y le rogó bendijera su unión. Gran número de músicos fueron contratados para la ceremonia nupcial y se preparó un banquete monstruo en obsequio a los invitados.

Boliche quería hacer notar dignamente sus habilidades de cocinero y la celebración de su matrimonio.

Sahib, el viejo pastor, concurrió al acto, acompañado de su mujer, de sus cinco hijos varones y de su hija Mysora, la bella zagala. Apadrinaron a los novios el doctor y Mysora.

Pirulete aprovechó la ocasión, y recordando los buenos tiempos de su más tierna infancia, hizo todo género de diabluras. Untó las escaleras con una especie de jaboncillo muy resba-

ladizo, y casi todos los comensales rodaron por ellas sin llegar a explicarse la causa de aquel singular fenómeno. Después llenó de un rapé, por él fabricado (1), los abanicos de las damas, que se pasaron la tarde estornuando, y por último, encerró dentro del enorme timbal de uno de los músicos, dos gatos que formaron en su interior graciosa melodía, acabando por romper el parche y salir afuera enfurecidos con gran susto y algazara de las mujeres.

Para terminar, diremos que el bracmín bendijo la unión, que se bailó sin descanso todo el día y que la numerosa concurrencia se retiró muy contenta de los agasajos de que había sido objeto. De este modo tuvieron fin las fiestas celebradas en ocasión del matrimonio de Boliche, que así pudo librarse de otra paliza y verse convertido en un rico mercader.

Pero como la dicha es efímera, pasada la primera semana durante la cual Boliche dejó casi vacía la despensa, Gurma comenzó a trocarse de dulce y cariñosa en arisca e irascible, hasta el punto de que, más de una vez, tiró a su consorte los platos a la cabeza. Los isleños que transitaban por delante del estable-

cimiento tuvieron más de una ocasión para reírse al ver a Boliche salir disparado de su casa huyendo de la terrible Gurma, que, a modo de proyectiles, le arrojaba cuantos cacharros tenía en su acreditada tienda.

En esta situación, Boliche maldecía de su suerte y pedía a Dios con toda su alma que le librara de aquel basilisco. Pasado algún tiempo, Gurma, que, como hemos dicho, era tan glotona como Boliche, cogió un cólico cerrado y, a pesar de los auxilios de los curanderos y aun del propio Perejil, en veinticuatro horas se fué de este mundo miserable.

Boliche, aunque era hombre piadoso, capaz de devolver bien por mal y de perdonar a sus enemigos, no pudo menos de dar dos o tres piruetas de alegría. Pero como verán mis lectores, si continúan leyendo esta verídica historia, bien pronto tuvo que arrepentirse de su regocijo.

XI

Apenas murió Gurma se presentaron en casa de Boliche deudos y amigos, dispuestos a seguir el ceremonial con toda la solemnidad que exigían las costumbres del país, que, en este punto, eran extraordinariamente raras.

Los hermanos de Gurma

(1) El tabaco abundaba en la isla y todos sus habitantes fumaban grandes kist de tabaco y opio. De este tabaco pudo obtener Pirulete su rapé.

tres colosos de rostro bronceo y fiera mirada — se encargaron de todo lo concerniente al duelo. Al efecto, embalsamaron a la difunta, la vistieron con un traje riquísimo, la pusieron sus mejores joyas y la colocaron sobre una magnífica alfombra muy semejante a las que usan los grandes señores en Persia para recibir sus visitas. A Boliche, después de disfrutarle y de vestirle suntuosamente, le hicieron sentarse en medio de otra alfombra y al lado del cuerpo de Gurma. Luego perfumaron la sala con aromas de mirra, áloe y cinamomo, y llamaron a gran número de músicos que, sentados, en torno de Boliche y de su consorte hicieron uso de sus flautas de caña, de sus tambores de piel de Kanguro y de una especie de cítaras de tres cuerdas y largo mástil. La música no era triste y solemne, como requería el caso, sino alegre y saltarina, y nadie lloraba como ocurre casi siempre en este género de actos que en otros países revisten un carácter patético. Al contrario, cuantos habían concurrido a la ceremonia, se mostraban contentos y sonrientes.

Sorprendido estaba Boliche, y también el doctor y Pirulete que habían asistido al acto, sin explicarse cómo los isleños, que era gente demasiado seria y al parecer de buen fondo, podían disfrutar en aquellos momentos.

Pero cuando su asombro no tuvo límites, fué al ver que los criados servían a la concurrencia una excelente comida, poniéndole plato lo mismo a Boliche que a su difunta esposa.

El doctor no pudo contener más tiempo su curiosidad y preguntó a los hermanos de Gurma a qué se debía aquella extraña ceremonia. Entonces Nizam, el mayor de ellos, tomó la palabra y dijo :

—Has de saber, extranjero, que según nuestra religión, cuando una persona muere, celébrase una fiesta de despedida que dura seis días con seis noches, tiempo que el alma del difunto permanece entre nosotros y que aprovechamos para demostrarle nuestro cariño con todo género de agasajos : fiestas, músicas y banquetes. Ni lloramos, ni hacemos ninguna muestra de dolor, aunque éste sea muy profundo, por miedo a que, disgustado el espíritu, nos abandone. Al sexto día se lleva con gran pompa el cadáver al templo del dios del Fuego, y colocándolo sobre la pira se le reduce a cenizas.

Entonces es cuando comienzan los parientes a llorar y a sufrir un ayuno de cuarenta días, durante los que sólo comen lo preciso para no morir : una pequeña cantidad de harina de maíz y leche de oveja.

—¿ Es decir, que he de permanecer cuarenta días sin casi pro-

bar bocado?—se aventuró a preguntar Boliche, al que había disgustado mucho el anuncio de la próxima dieta.

—Contigo no reza el precepto, porque tú no debes sobrevivir a nuestra hermana—respondió solemnemente Nizam.

—¡ ¡ Qué dices !!—exclamó el pobre Boliche poniéndose de pie con los pelos de punta.

—Lo que has oído. Según nuestras leyes, ningún conyuge ha de sobrevivir al otro más que los días precisos para asistir a los funerales que al propio tiempo son los suyos. Así, cuando llegue el último día, nosotros, como más próximos parientes, te daremos a beber esencia de una raíz, que te hará morir dulcemente, sin el menor sufrimiento.

—Eso es una barbaridad que yo no puedo hacer—gritó indignado Boliche—. Mi religión me lo prohíbe. Yo no puedo atentar contra mi vida, porque mi vida es de Dios, que es amo y señor de todo lo creado, y El se servirá disponer de ella cuando le plazca.

—¡ Entonces—dijo Nizam, sacudiendo furioso al cocinero—, morirás bajo el filo de mi alfanje! ¡ Cobarde!

—¡ De modo, que es preciso que muera?—musitó tristemente Boliche, pálido como un muerto.

—¡ No hay otro remedio!—contestó implacable Nizam.

Boliche, al oír la respuesta de su terrible cuñado, se tambaleó, y no pudiendo sostenerse, cayó en la alfombra, sobre sus posaderas, llorando como un chiquillo.

Todos los presentes, menos el doctor y Pirulete, volvieron el rostro a la pared considerando el llanto de Boliche como una descortesía.

Unos momentos después se reanudó la fiesta que duró dos días más, durante los cuales Boliche tuvo que reprimir sus lágrimas y quejas, porque los hermanos de Kurma le amenazaron con anticiparle la muerte.

Al llegar la noche del tercer día, Pirulete, que, en unión del doctor y del viejo Sahib, había fraguado un plan para salvar a Boliche, dijo a Nizam :

—Amigo Nizam : queriendo honrar la memoria de vuestra hermana en las personas aquí presentes, he preparado unos pastelillos al estilo de mi país, que seguramente serán de vuestro agrado. Quiero que de ellos comáis no sólo vosotros y vuestros amigos, sino que también los prueben cuantas personas se encuentren en la casa, incluso los servidores, porque se trata de una cosa extraordinaria.

Y sacando sobre una bandeja hasta un centenar de pastelillos, comenzó a repartirlos entre la concurrencia.

Aquellas golosinas, bajo su

agradable aspecto ocultaban un poderoso narcótico que Sahib había proporcionado. Cada uno de los pastelillos tenía en su interior unos granos de opio y raíz de beleño, substancias que tienen la virtud de adormecer al que las ingiere. No hay por qué decir, que Pirulete tuvo buen cuidado de que Boliche sólo comiera dos o tres pasteles sin dichas substancias.

El regalo de Pirulete fué elogiado y comido con verdadera avidez por cuantos había en la casa, y una hora después, todos, excepción hecha de Boliche, Pirulete y el doctor, dormían profundamente.

Pirulete se acercó a Boliche y, cogiéndole de una mano, le dijo:

—¡Huyamos!

—¿Y si despiertan? — contestó Boliche, que no comprendía ni jota de cuanto ocurría en torno suyo.

—No tengas miedo; les he dado un narcótico y dormirán hasta mañana muy avanzado el día. Cuando se den cuenta de nuestra fuga estaremos muy lejos de aquí. Sahib, el padre de Mysora, agradecido al doctor, protege nuestra fuga, y nos espera.

—¡Loado sea Dios, que así nos ayuda! — exclamó Boliche, lleno de alegría.

—¡Sí, loado sea Dios! — dijo el doctor—. Y mira cómo el bien da sus frutos siempre, que es semilla que no se pierde ni aun

en los yermos ni en los pedregales.

Y acto seguido los tres amigos huyeron de aquel lugar siniestro, encaminándose a casa del venerable Sahib.

XII

Cuando Pirulete y sus dos compañeros llegaron a casa de Sahib, le encontraron en la huerta con sus hijos, enjaezando cuatro magníficos camellos que habían de servirles para el viaje.

Mysora estaba cerca del hogar asando un enorme trozo de antílope a fin de que no les faltase nada a los fugitivos.

Sahib, mientras sus hijos ultimaban los preparativos de la marcha, hizo ver al doctor la conveniencia de partir sin demora, añadiendo que les acompañaría hasta el límite de «Tierra Ignorada», donde había otra gruta semejante a la que sirvió de entrada en la isla a los extranjeros. Sahib pudo descubrir este sitio, cierta vez que, estando en la montaña pastoreando, buscaba una cabra que se le había extraviado. Aquella gruta era como un túnel cuya salida daba al mar.

El rasgo de bondad del anciano conmovió profundamente a los tres amigos. Una excursión al otro lado de los mortíferos pantanos y de las montañas ro-

cosas, representaba una penosa jornada de cuatro días, empresa peligrosa para un hombre de avanzada edad. Además, al regreso, si se daban cuenta en la isla de que Sahib había sido cómplice de la fuga, le aguardaba un tremendo castigo, tanto a él como a sus cinco hijos varones. La generosidad del viejo demostraba que el pastor no olvidaba que a uno de los extranjeros debía la salvación de Mysora, su hija más amada. Esta, al llegar el momento de la partida, se hincó de rodillas a los pies del doctor y cubrió sus manos de besos y de lágrimas. Aquellas manifestaciones de gratitud eran prueba

indudable de que hasta entre los bárbaros idólatras existen personas dotadas de nobles y elevados sentimientos. ¡Pobre del hombre que no sabe agradecer el bien que se le hace, pues será peor que el último de los salvajes! La ingratitud y la envidia son los dos pecados que más afean a la humanidad.

Una hora después, se pusieron en camino nuestros tres amigos, el pastor y sus cinco hijos, y al amanecer del día siguiente dieron principio a la malsana travesía de los pantanos, que atravesaron en sus camellos siguiendo una estrecha senda pedregosa, abierta sobre verdaderos ma-



Cuando Pirulete y sus dos compañeros llegaron a casa de Sahib... (Pág. 36.)

res de lodo llenos de serpientes, de cocodrilos y otros reptiles, y de sapos verdes de un tamaño monstruoso. Hubo momentos en que corrieron grandes peligros, y hasta uno de sus mejores camellos se les hundió en aquellos fangales, siendo inútiles cuantos esfuerzos emplearon para salvar a la pobre bestia. Únicamente pudieron librar la carga, que fué traspasada a las jorobas de otro de aquellos pacientes rumiantes.

Después de tres días soportando hedores y en constante riesgo, llegaron a orillas de un lago, y el aspecto del paisaje varió por completo, trocándose de tenebroso y repugnante en un bellísimo panorama. El lago, de aguas limpias y profundas, reflejaba el cielo de un azul purísimo, y en sus orillas, cubiertas de verdura y de frondosos cañaverales, millares de pájaros de diferentes especies se solazaban cantando y volando bajo la caricia del divino Febo. Allí había desde el pintado jilguerillo hasta la cotorra verde y parlanchina. Flamencos, ibis, garzas reales y otras zancudas lucían en sus plumajes todos los colores del iris, y pelicanos, cisnes, patos y otras aves acuáticas cruzaban nadando las aguas disputándose los incautos pececillos que sorprendían en la superficie. Manadas de antílopes se acercaban a beber en los remansos huyendo ligeros al notar la presencia de alguna bestia fe-

roz que también venía a las márgenes a calmar su sed, y de tiempo en tiempo, descendían de las montañas que limitaban el horizonte, águilas y unas enormes aves de rapiña que sólo cazaban tremendas y venenosas serpientes.

Pirulete no pudo menos de lanzar un grito de asombro ante tanta belleza, y Boliche, lleno de curiosidad, preguntó a Sahib el nombre de aquella ave poderosa que podía arrebatarse en su vuelo serpientes gigantescas.

—Es un mensajero o pájaro serpentario—respondió Sahib el anciano—. Son unos animales muy benéficos, porque destruyen las serpientes que asolan el país. Nuestra religión considera a éstas aves predilectas de los dioses y castiga severamente a quien mata una de ellas. ¡Benditos sean los dioses que han creado éstos pájaros que exterminan nuestros enemigos!

—¡Mejor hubiera sido que no hubieran hecho las serpientes! —exclamó Boliche razonando como Pero Grullo.

—¡Oh, que blasfemas, hombre desgraciado!... Los pájaros son benéficos y útiles, las serpientes malignas y venenosas. Pero, dime, ¡necio!, el bien y el mal, el amor y el odio, el pecado y la virtud, la vida y la muerte, todas esas cosas, ¿no son necesarias la una con la otra? ¿quién sabe el fin que tienen

dentro de lo creado?... Sólo hay una mano invisible que lo crea todo, que sabe la razón de todas las cosas, y a nosotros, míseros mortales, no nos está permitido enjuiciar sus designios.

Admiróse el doctor al escuchar los razonamientos, aunque equivocados, de aquel hombre, tosco al parecer, pero dotado de naturales y muy claras luces, que le permitían discurrir como un hombre docto versado en todos los secretos de la ciencia.

Hablando de ésta y de otras cosas, los fugitivos y sus acompañantes dieron la vuelta en derredor del lago y llegaron al pie de

unas abruptas montañas. En una de éstas había una gruta a unos cinco metros de altura, y por cuya entrada penetraron, gracias a una rampa natural del terreno que permitía el acceso fácilmente lo mismo a los hombres que a los camellos. El suelo, que una vez dentro comenzó a presentar un pronunciado declive hasta llegar al nivel del mar, estaba formado por arena suave y blanca, por cantos pequeños y redondos, y lleno de conchas marinas, prueba indudable de que las aguas del océano pasaban por aquellos lugares en las altas mareas. En algunos sitios el



...montados en el pacífico rumiante que Sahib les había dejado. (Pág. 40.)

musgo marino cubría la gruta, y de cuando en cuando veíanse enormes cangrejos, de los conocidos con el nombre de cámbaros, que huían al paso de los viajeros escondiéndose en las oquedades de las rocas.

Al fin, un fuerte olor salitroso que traía el aire en sus efluvios y el rugido de las olas sobre la playa, les indicó la salida y la proximidad del mar. Tan pronto se vieron en sus orillas, los tres amigos se despidieron del anciano Sahib y de sus cinco hijos. El venerable pastor los bendijo solemnemente.

—Adiós, hijos míos — exclamó—. Nada puedo hacer ya por vosotros y sólo puedo daros un consejo. Si alguna vez tenéis el capricho de viajar lejos de vuestra patria, tened cuidado de no aventuraros en tierras que no habéis visto nunca, porque pudierais poner con la muerte fin a vuestras expediciones. ¡Adiós!... Pensaré siempre en vosotros y sobre todo en ti, *hombre* santo, que has salvado la vida a mi adorada Mysora.

Y secando dos ardientes lágrimas que rodaban por su rostro atezado y bravío, dejó a nuestros héroes un camello cargado de vituallas y de un odre de agua y partió con los otros dos, seguido de sus valerosos hijos.

Pirulete y sus dos amigos emprendieron la marcha a lo largo de la costa y en torno del anillo

de montañas, provistos de sus rifles y cartuchos y montados en el pacífico rumiante que Sahib les había dejado.

Así terminó su visita al valle, paraíso oculto entre los macizos de los montes, pero aun tenían nuestros héroes que pasar muchas penalidades y privaciones antes de llegar adonde les aguardaban sus camaradas del «Urania».

XIII

¿Qué será del Capitán Quintín? ¿Qué, de los bravos marinos del yate? ¿Y Job y Boj, habrían fraguado alguna conspiración a bordo?... Acaso la tripulación, cansada de esperar inútilmente al doctor, llevaría anclas abandonándoles en aquellas costas inhospitalarias, ya que a Tierra Ignorada no podían volver sin peligro cierto para sus vidas...

Estas y otras más tristes conjeturas se hacían los tres amigos, anhelando ardientemente el término del viaje. La monotonía del paisaje hacía más obstinadas y melancólicas sus ideas. Llevaban todo el día caminando sin encontrar ni un pájaro, ni una flor, ni un árbol, ni un manantial donde humedecer las secas fauces. Solamente distinguían, arriba el cielo azul y con un sol abrasador, a la derecha la inmensidad majestuosa del mar; y a la izquierda las montañas

áridas sin la menor muestra de vegetación.

Al anochecer detuvieron su marcha, y después, con grandes trabajos, lograron encontrar tres o cuatro pinos raquíuticos con que encender una hoguera para preservarse de los ataques de las fieras y del frío de la noche. Sí, del frío, no os extrañe, porque en estas regiones tropicales hay gran diferencia entre la temperatura del día y de la noche, diferencia que en algunos puntos llega a 36° grados. Así se da el caso de que en estos lugares tan calurosos no son completamente desconocidos el hielo y la nieve.

Fácil fué a los exploradores arrancar aquellos arbustos que tan poco arraigo tenían sobre las peladas rocas, y que, como estaban secos y llenos de resina, arrieron muy bien durante la velada.

Aquella noche no les atacaron las fieras, que no debían abundar por los contornos, si bien algunas veces sentíase lejano el rugido de un león, el aullido de un chacal o el gañido de alguna hiena vagabunda.

Tan pronto amaneció reanudaron su marcha interrumpida y al mediodía estaban sin haber sufrido percance alguno descansando a la sombra de un baobab gigantesco que crecía solitario sobre unas peñas de la costa. Allí hicieron una frugal comida y se disponían a esperar que pa-

saran los ardores del sol, cuando un espantable rugido que venía de la altura les hizo levantar la cabeza y mirar la copa del baobab.

Los tres amigos se estremecieron de terror.

Un formidable jaguar suspendido sobre una corpulenta rama y en la actitud de un gato que va a cazar un inocente pajarillo, los contemplaba con sus ojos brillantes como dos ascuas. Rápido como una exhalación y antes de que los viajeros pudieran prevenirse, con esa elasticidad propia de la raza felina, se lanzó desde lo alto cayendo sobre la cerviz del camello y clavando en él dientes y garras. El pobre animal, al sentirse herido, emprendió una veloz carrera, haciendo ese glucgluc peculiar en los camellos cuando están irritados, que parece el redoble lejano de un tambor.

En vano la pobre bestia trataba de librarse de su feroz enemigo que, agarrado sobre el cuello y las espaldas de su víctima, estaba devorándola en vida.

Boliche contemplaba esta escena temblando como un azogado. El doctor, echándose el rifle a la cara, apuntó al jaguar, pero la bala fué a perderse en el océano. Pirulete, más afortunado, hizo fuego también sobre la fiera, hiriéndola mortalmente en la cabeza.

El felino dió un salto terrible



En vano la pobre bestia trataba de librarse de su feroz enemigo que, agarrado sobre el cuello y las espaldas de su víctima, estaba devorándola en vida. (Pág. 41.)

cayendo a tierra para no volver a levantarse más. El camello aun siguió corriendo alocado hasta que se detuvo desplomándose sin vida sobre la arena suave de la playa.

La pérdida del animal, que tan útil les era, affigió mucho a los exploradores, pero su consternación fué mayor aún al ver que el jaguar, en su ataque al desgraciado rumiante, había roto con sus garras el odre del agua de cuyo líquido no quedaba ni una sola gota.

El doctor, Boliche y Pirulete, se contemplaron aterrorizados. Una misma idea se había apo-

derado de sus cerebros. ¿Cómo continuar el viaje sin tener agua para el camino ni un animal que transportara su impedimenta?

El problema era difícil de resolver.

Por fin se decidieron a seguir andando, si bien tristes y desalentados.

Todo el resto del día estuvieron caminando, y al llegar la noche, sedientos, fatigados, y con el alma llena de pesimismo, se escondieron para descansar sin temor a las fieras en una pequeña caverna cuya entrada tapiaron con una enorme piedra.

Tan rendidos estaban, que



y leyó una inscripción grabada a cincel... (Pág. 44.)

durmieron toda la noche de un tirón.

En cuanto clareó el día, prosiguieron la marcha, sintiéndose cada vez más débiles, parándose con frecuencia a descansar, porque sus fuerzas se hallaban exhaustas. El calor les asfixiaba, la sed les hacía sufrir tormentos indescriptibles, y por último la desesperación se adueñó de sus corazones.

Pensando en un próximo fin se detuvieron en un paraje hosco y sombrío, dispuestos a abandonarse a su suerte.

Boliche se había echado boca abajo y buscaba en la humedad del suelo alivio para sus fauces secas. El doctor estaba silencioso, como abotargado. Sólo Pirulete sentíase animoso y dijo a sus compañeros :

—Un esfuerzo más, amigos míos, y llegaremos adonde nos espera el capitán Quintín con el yate. Es de esperar que no se haya marchado todavía. La fe en Dios es lo último que debe perder el hombre, y si es nuestro sino perecer en esta isla, que la muerte nos sorprenda luchando hasta el último momento.

El doctor y Boliche, como electrizados por las palabras de Pirulete, se levantaron y anduvieron unos cincuenta pasos. Un niño les había dado una lección de voluntad y de valor.

De pronto el doctor se detuvo,

examinó con detenimiento una roca que tenía delante y leyó una inscripción grabada a cincel unos siglos antes a juzgar por lo borrosa que se hallaba.

Estaba escrita en caracteres índicos, y decía solamente el nombre del pirata, cuyo tesoro buscaba con tanto ahinco el doctor.

«MIRZA.»

Sí; allí estaba sin duda el tesoro del pirata, tras aquella lápida que no era otra cosa que la puerta de una de tantas cavernas de las muchas que había en aquellas montañas, lugar que sirvió de refugio al terrible bandolero de los mares.

Arcanos de la suerte. Cuando los tres amigos buscaban solamente un poco de agua con que calmar la sed, el destino les deparaba un tesoro que no les servía para nada. ¡Qué poco valen las riquezas cuando hay momentos en que daríamos todos los tesoros del mundo por un rayo de esperanza, por recobrar la salud perdida y hasta, como vemos ahora, por un vaso de agua!...

Sin embargo, cual si una voz oculta hubiera dicho a los exploradores que allí se ocultaba para ellos algo más importante que un tesoro, se afanaron por levantar la losa, lo que pudieron lo-

grar haciendo palanca con sus rifles.

Al caer la lápida quedó al descubierto la boca de una cueva y un aire frío y húmedo azotó los rostros de los tres valientes.

Unos minutos después se hallaban en el interior de una caverna apenas alumbrada por un rayo de luz que penetraba por una claraboya. A esta luz tenue pudieron ver un mueblaje sencillo y antiquísimo, varias arcas de roble y por último una cosa que hizo palpar sus corazones llenos de alegría como campanas de gloria. ¡Un pozo! ¡Un pozo lleno de agua cristalina y fresca! ¡Un pozo todavía con su cadena y su cubo de hierro, que pocos minutos después subían nuestros héroes rebosante del preciado líquido!...

¡Allí estaba el verdadero tesoro!...

XIV

Pirulete, Boliche y el doctor, bebieron hasta la saciedad, con peligro de sus vidas, y ya calmada la sed y más tranquilos comenzaron a examinar los cofres donde sin duda alguna se ocultaba el tesoro del pirata. Abrirlos fué cosa fácil, pues como la madera estaba corroída por el

tiempo y la humedad, a la presión de los cañones de los rifles saltaron en seguida cerraduras y bisagras.

Entonces, ¡qué cuadro maravilloso se presentó ante sus ojos atónitos! Las riquezas que al abrir los cofres se esparcían por el suelo eran incalculables. Brillantes de tamaño nunca visto; esmeraldas, rubíes, topacios, granates, y otras piedras preciosas; sartas de perlas de finísimo oriente y de un grosor extraordinario; vasos de oro cincelado con incrustaciones de brillantes, joyas de todas clases, y a cual más magnificentes, todo revuelto entre montones de monedas de oro antiguas, de todos los países que rindieron su tributo al rey de los mares, al terrible Mirza.

Locos de alegría los exploradores contemplaron aquella confusión de cosas brillantes que en un tiempo costaron tantas lágrimas y tanta sangre. Ya no se acordaban de los dolores y amarguras pasadas. El doctor pensaba en el informe que iba a presentar a las academias correspondientes respecto al descubrimiento de la Isla Ignorada y del tesoro; Pirulete sentíase orgulloso de haber colaborado en aquella obra y veíase nombrado en libros y revistas como un héroe de novela, y Boliche soñaba con disponer de la parte que le tocara en el reparto, para abrir,

allá en su tierra natal, una fonda cuya muestra sería la siguiente : «Al tesoro del pirata».

Entre los diamantes había uno tamaño como una nuez y de aguas tan limpias, que era digno de la corona de un rey y por sí solo representaba una fortuna.

—Guárdatelo. Te lo doy para ti— dijo el doctor a Pirulete, cogiendo aquella piedra sin rival y entregándosela al muchacho—. Quiero que guardes siempre recuerdo de este día memorable, y que si tornas a tu hogar puedas poner a tu familia al abrigo de la miseria.

Pirulete contempló extasiado el diamante, y después lo guardó cuidadosamente en un bolsillo de su cinturón de cuero.

Como las horas se pasaban, y no en balde, los tres amigos llenos de ilusiones y de esperanzas emprendieron de nuevo la marcha, no sin antes proveerse de agua para el camino, a cuyo fin llenaron una gran vasija de barro que encontraron en la cueva y que llevaban por turno como buenos camaradas.

Cuatro horas después divisaron detrás del acantilado la arboladura del «Urania» en cuyos mástiles flameaba la bandera española.

¡ Oh ! ¡ Qué alegría más grande la de nuestros héroes al contemplar la bandera de la patria que parecía desde aquellas alturas darles la bienvenida !

¡ Cómo palpitaban todas las fibras de sus corazones al ver al viejo capitán Quintín corriendo a su encuentro y tendiéndoles los brazos como un padre amoroso !

— ¡ Oh mis queridos amigos ! — dijo el rudo marino estrujando a los recién llegados como un oso a su presa—. ¡ Sois vosotros ? ¡ Creí que no volveríais ! Hoy mismo mandé encender las calderas para satisfacer a mi gente que quería marcharse de aquí a toda costa. La indisciplina cunde entre la tripulación. Tob y Boj están minándome el terreno... Y a propósito ; ¿ habéis encontrado el tesoro ?

— Por ahora no nos preguntes nada — dijo el doctor—. Socórrenos, danos alimento o sucumbiremos delante de tus ojos. ¿ No ves que estamos muertos de debilidad y de cansancio ?

Iba a contestar el capitán, pero, advirtiéndole que los marineros y entre ellos Tob y Boj estaban oyendo, se limitó a ordenarles que condujeran a los exploradores a bordo.

Afortunadamente cuando llegaron, les dieron un caldo tan bueno que les devolvió las energías perdidas. Después se fueron al lecho donde instantáneamente se apoderó de ellos ese profundo sueño que sigue siempre a la postración del cuerpo y del espíritu.

A la mañana siguiente cuan-



Las riquezas que al abrir los cofres se esparcían por el suelo eran incalculables... (Pág. 45.)

do se despertaron vieron que el capitán estaba sentado junto a ellos velando su sueño.

—Mucho habéis dormido — dijo el valiente marino—. Son las once de la mañana y el sol ya va muy alto en su carrera; lleváis casi veinticuatro horas durmiendo.

—Gracias a este sueño hemos podido reparar nuestras fuerzas.

—Bueno; decidme — prosiguió—, ¿qué os ha sucedido, dónde habéis estado y qué significa esa extraña historia de un tesoro del que habló esta noche el doctor en sueños?

Al oír las palabras del capitán el doctor le contó cuanto queda relatado respecto al viaje al interior de la isla y al descubrimiento del tesoro.

Atónito quedó el marino al escuchar aquella narración, que más parecía cuento fantástico que verídica historia, y moviendo con desconfianza la cabeza murmuró:

—¿Y traeréis tantas riquezas al yate?

—Hoy mismo — respondió el doctor—. Es preciso que vaya con nosotros un equipo de la tripulación. Llevaremos cajas de madera, y entre tú, Boliche Pirulete y yo encerraremos el tesoro en ellas sin que los demás nos vean. Los marineros aguardarán cerca de la caverna y luego cargarán con las cajas pero ignorando su contenido.

—Haréis bien, porque ésta chusma en cuanto ve oro es como los tigres en cuanto huelen la sangre.

Conforme al plan del doctor, unas horas después fueron llevadas a bordo las riquezas de Mirza. Para despistar a la tripulación se dijo a ésta que el doctor sólo había encontrado en la caverna objetos antiguos de barro y bronce de mucho mérito artístico, pero de escaso valor intrínseco. Se trataba, pues, de un tesoro arqueológico como otros tantos que había descubierto. Armas viejas y herrumbrosas, fragmentos de estatuas y otros cachivaches, buenos para figurar en un museo o en un almacén de antigüedades.

Pero quiso la fatalidad que uno de los marineros, por un descuido o acaso intencionadamente, dejara caer una caja con tal violencia, que se hizo trizas sobre cubierta. Se oyó un murmullo de asombro. Todos los marineros se quedaron extáticos contemplando atónitos un enorme montón de monedas de oro y piedras preciosas que lanzaban vivísimos destellos. También los ojos de aquellos hombres brillaban, pero con relámpagos de odio y de codicia.

—¿Lo veis? — exclamó Tob aprovechando aquella ocasión propicia a sus fines—, ¡nos han engañado! ¡Se han burlado de nosotros!...

—¡ Sí! — dijo Boj con acento lleno de rencor.

Y los dos bandidos, perdido el respeto al capitán, se lanzaron sobre el tesoro esparcido sobre el suelo guardándose en los bolsillos la mayor parte de los brillantes. Mientras, los demás marineros, siguiendo el pernicioso ejemplo de Tob y de Boj, se repartieron cuantas monedas de oro y piedras preciosas quedaban sobre cubierta.

El capitán iba a disparar sus pistolas sobre ellos, pero el doctor le detuvo diciéndole :

—¡ Déjelos, capitán, en el pri-

mer puerto que toquemos se los hará devolver el comandante de marina !...

XV

Tres días después de este acontecimiento, el «Urania» navegaba viento en popa y a toda vela con rumbo a las costas del Africa oriental. El capitán tuvo que hacer uso del aparejo del yate porque sus máquinas habían sufrido averías de consideración. El «Urania» era un excelente velero y se deslizaba sobre las aguas del océano, tranquilas



...contemplando atónitos un enorme montón de monedas de oro... (Pág. 48)

en tal ocasión, como un cisne sobre la superficie de un lago. Nada parecía presagiar la tragedia que poco tiempo después iba a desarrollarse en aquellos mares.

Al tercer día de navegación, Tob y Boj, al frente de toda la marinería, se presentaron al capitán Quintín, que viendo el aspecto agresivo de los dos bandidos, los esperó a pie firme, con las manos apoyadas en las culatas de sus pistolas, y rodeado por sus oficiales, el doctor y Boliche y Pirulete que cumpliendo su misión habían subido a bordo con la comida.

—Venimos—dijo Boj con gesto retador— a pedir que se reparta el tesoro que habéis encontrado en la isla. Sin nuestra ayuda, ¿hubierais podido siquiera arribar a la isla donde tantas riquezas se hallaban ocultas?... ¡Queremos ser ricos, capitán! ¿lo entiendes? ¡Y lo seremos a toda costa, por las buenas o por las malas!

—Esas amenazas—respondió el capitán—, yo no las debo oír. ¡Sois injustos!... ¿Que queréis oro? Bien; se os dará, pero en proporción a vuestro trabajo. El tesoro se ha descubierto gracias al talento del doctor que, con su ciencia, averiguó dónde se hallaba escondido, y que en unión de sus dos compañeros ha corrido grandes riesgos mientras vosotros esperabais tranquilos a bordo. ¿Y si en vez del tesoro hu-

biera encontrado la muerte, qué le habriais dado vosotros en cambio? ¡Y si después de tantos sacrificios y penalidades como ha pasado, la historia del tesoro sólo hubiera sido la fantasía de un poeta, cómo compensarle de los gastos ocasionados, de los crecidos premios que os dió para que embarcarais en el «Urania»?...

Tan en razón estaban las palabras del capitán, que aquellos hombres no supieron qué responder.

Ante aquel silencio, el capitán, dijo:

—Y para que veáis que el doctor no se ha olvidado de vosotros, en vista del resultado satisfactorio de la expedición os hará un regalo espléndido. Supongo que os quedaréis conformes... ¿O es que no tenéis bastante con lo robado y lo que se os dé encima y queréis todo el tesoro?

—¡Un regalo, no!... —gritó Tob abalanzándose hacia el capitán—. ¡Queremos todo el tesoro! ¡Aquí no hay más que la ley del más fuerte, el mar abajo y el cielo arriba!

—¡Y la razón y la justicia que están conmigo y Dios sobre todos! —respondió con firmeza el capitán.

Boj, al ver titubear a sus compañeros, se volvió hacia ellos y los arengó diciendo:

—¡No temáis un momento!

El tesoro está guardado en el camarote del capitán. Ya que no nos lo dan de grado, que lo den por fuerza. ¡ Adelante sin miedo, camaradas!

Y toda la chusma con sus cabecillas al frente acometió a sus jefes. La lucha, como era de suponer, dado el valor y la energía del capitán y la ferocidad de sus enemigos, fué encarnizada.

Los marineros eran muchos y atacaban con sus hachas de abordaje. El capitán, el doctor y los oficiales eran inferiores en número, pero se defendían con sus rifles, de los que no habían podido proveerse sus adversa-

rios. Pirulete también se colocó al lado de sus amigos portándose como un valiente. En cuanto a Boliche que se hallaba sobre cubierta sirviendo una langosta con salsa tártara, tiró el rico crustáceo por los aires y fué a esconderse tembloroso dentro de un baúl que había en el camarote del capitán. Llegó un momento terrible para nuestros amigos. Aunque los insurrectos habían tenido muchas bajas, atacaban con vigor, y de los heroicos defensores del tesoro sólo quedaban en pie el capitán, el doctor, el contramaestre, el timonel, uno de los marineros que habían si-



La lucha, como era de suponer, dado el valor y la energía del capitán y la ferocidad de sus enemigos, fué encarnizada.

do fieles, y el valiente Pirulete. Cinco hombres y un niño tenían que luchar con una veintena de hombres furiosos y embriagados y, por si esto no fuera bastante, los cartuchos se les estaban terminando.

Entonces Pirulete, con intrepidez sin igual, adoptó una decisión para salvar a sus compañeros. Con la rapidez de un ciervo que huye perseguido por la jauría, se lanzó corriendo entre sus enemigos, y antes de que pudieran detenerle penetró por una escotilla que daba entrada al pañol de pólvora. Los marineros, adivinando lo que pretendía el muchacho, quisieron seguirle, pero en el momento en que descendían por la escalera del polvorín oyeron la voz de Pirulete, clara y enérgica, gritando: ¡Como toquéis a uno solo de mis compañeros, vuelo la santabárbara! (1).

Las palabras de Pirulete surtieron el efecto apetecido. Los marineros del «Urania» sabían de lo que era capaz aquel muñeco de doce años que, sereno y frío, desafiaba a sus adversarios

(1) No deben de extrañar nuestros lectores que el *Urania* llevara santabárbara, porque, destinado a los viajes de exploración, se hallaba provisto de grandes medios para la lucha en países salvajes. Así tenía polvorín, y en las dos bandas de babor y estribor dos cañoncitos de pequeño calibre, todo ello autorizado por un acuerdo internacional a petición de varias sociedades geográficas de Europa.

apuntando con su pistola a un enorme barril lleno de pólvora.

Mientras se desarrollaba esta escena a bordo del «Urania», el cielo se iba encapotando, masas de nubes de un negro violado llenaron el horizonte, obscurecióse de tal modo el sol que parecía de noche y el resplandor cárdeno de los relámpagos comenzó a cruzar el horizonte. El yate abandonado hacía tiempo por la tripulación, más ocupada en su lucha mortífera que en defenderse de los elementos, era movido por las olas y lanzado de un lado para otro con terribles cabeceos, como un despreciable cascarón de nuez.

El ciclón, uno de esos terribles ciclones tan frecuentes en aquellos mares, iba a destruir la embarcación. En cuanto aquellos feroces hombres se dieron cuenta del peligro que corrían, impulsados por el instinto de conservación, abandonaron sus armas y se apiñaron en torno del capitán dispuestos a obedecerle. El y sólo él podría salvar la nave con su pericia; ellos únicamente atender a sus órdenes. En un minuto el instinto de conservación había restablecido la disciplina y el principio de autoridad. Hasta los más rebeldes, entre ellos Tob y Boj, obedecieron ciegamente las órdenes de su jefe.

La lucha había terminado, pe-

ro comenzaba un combate más cruel con los elementos.

El ciclón se desencadenó con toda su furia; bramaban las olas rompiéndose en espumas, el cielo negro como la boca del averno sólo se iluminaba con el resplandor fosfórico de la electricidad, y el ruido ensordecedor del trueno, del viento y del mar agitado por el huracán parecía anunciar el próximo fin del «Urania» con todos sus tripulantes.

Y en efecto, aquella misma noche el «Urania», rota la arboladura y el timón, fué a chocar con-

tra los arrecifes de una isla de coral y se hundió para siempre en los profundos abismos del mar.

* * *

¿Y Pirulete y sus dos amigos? ¿Y los malvados Tob y Boj? ¿Y el tesoro? — preguntará algún lector impaciente.

—¡Ah, el tesoro!... De eso os hablaré en el próximo volumen de esta misma biblioteca, titulado *Pirulete en el país de los antropófagos*.



BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

- | | | |
|--|---|---|
| MI primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meterete.
Leedme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe. | El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusoe.
Lo que puede más que el hombre.
Lo que somos. | Cuentos de Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases.
Los dos hermanos.
Eustaquio.
Vidas de hombres célebres.
Episodios históricos.
Cuentos y fantasías.
Fábulas de Iriarte.
Cuentos de Andersen.
Cuanto de primavera.
Mi mejor juguete.
Para el nene.
Gulliver en el país de los enanos.
Gulliver en el país de los gigantes.
Animales feroces.
Animales domésticos.
Lecturas escogidas en prosa y verso. |
|--|---|---|

BIBLIOTECA SELECTA

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | | |
|---|--|--|
| 1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del pan.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (1.º)
11. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un chariot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir. | 26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante. (1.ª)
40. Una ciudad flotante. (2.ª)
41. Miguel Strogoff. (1.ª p.)
42. Miguel Strogoff. (2.ª p.)
43. Las Indias negras. (1.ª p.)
44. Las Indias negras. (2.ª p.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma.—El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tiles».
52. Rosa de Tanemburgo. | 53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El bondesito.
56. La condesa Ida.
57. Néctor Servadae (1.º)
58. id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º)
64. Los Quinientos millones de la Egipto.
65. De la tierra a la luna
66. Alrededor de la luna.
67. El «Chancellor».
68. Las tribulaciones de un chino en China.
69. Una internada entre los hielos.
70. Veinte mil leguas de viaje submarino.
71. La vuelta al mundo en ochenta días.
72. Viaje al centro de la tierra. |
|---|--|--|